

en el interior del acueducto, dentro del cual anduvo una hora metido hasta el pecho en el agua, hasta que vió la abertura por la cual salió, y donde le esperaban los edecanes de Porfirio Díaz, que no estaba allí porque le habían llamado á otra parte. En lugar de él dijo el coronel Echeverría al conde de Khevenhuller: "A usted, á todos los austriacos y á todos los extranjeros se concede libre paso hasta Veracruz. Los individuos de tropa entregarán las armas y caballos; los oficiales lo conservarán todo. Lo primero lo exige su propia seguridad; el gobierno liberal pagará las tropas y su manutención hasta el puerto, donde buques austriacos los tomarán á ustedes todos á bordo." No había que pedir más. El conde volvió por el camino que había llevado, y por la tarde del día 19 de Junio mandó izar la bandera blanca en el palacio.

A la mañana siguiente entraron los disidentes y por la tarde hizo llamar Porfirio Díaz al conde, que refiere la entrevista en estos términos: "Largo rato me miró como escudriñando; después se llegó á mí, me dió la mano y me dijo: "La fortuna es variable; ¿se acuerda usted de Puebla? Muy cerca de mí estaba usted en San Lorenzo, y necesité tres días para reunir mi caballería; si Márquez hubiera continuado la victoria, no estaría yo aquí;" y en baja voz añadió: "Su Emperador ha sido fusilado." Un momento antes había recibido esta misma noticia, pero no la había creído. Díaz comprendió mi estado y añadió con acento bondadoso: "Fué contra mi voluntad. Si yo hubiese mandado delante de Querétaro, el Emperador no había muerto. Díaz me despidió y volví á casa sin saber lo que me pasaba." Posteriormente supo el conde por boca de un general de los liberales, que Bazaine le había vendido antes de marcharse, 24 cañones de á ocho y de á doce con todos sus accesorios y arreos, y además fusiles, sables, cartucheras y provisiones de guerra. Es decir, que Bazaine había tratado á Maximiliano como enemigo desde el instante en que tuvo la certeza de que éste no quería abdicar por orden del Emperador de los franceses, regresando con la escuadra á Europa. Para obtener de Maximiliano la abdicación de una manera ú otra, había enviado Napoleón al General Castelnau á México [1], á donde llegó justamente en los días críticos de Orizaba. La felonía come-

(1) Keratry, página 187.

tida con Maximiliano habría aparecido al mundo con colores menos negros, si la víctima se hubiese sometido á su suerte y hubiese regresado á Europa sano y salvo, aunque con la honra menguada. Napoleón había podido hacer valer este regreso como un servicio que prestaba á la República vencedora, que le daba derecho á ser recompensado con otros servicios. Esta idea había dado ya lugar á negociaciones secretas y hasta á una verdadera conspiración con los disidentes contra el infortunado Maximiliano, lo cual presentido simplemente por éste le habría decidido ya á marcharse con los franceses. En Enero de 1867 había escrito como su última palabra á Bazaine: "Me quedo porque no quiero hacer lo que los soldados que arrojan su fusil para escapar más pronto del combate de batalla (1)." Maximiliano se quedó, pues, para combatir y morir con honra. Murió como un héroe, mientras el Emperador de los franceses quedó con la ignominia de haber faltado á la palabra dada y ser culpable de las consecuencias trágicas de su falta. Este sangriento drama fué presenciado por Fray Luis Aguirre, religioso exclaustro del Colegio de Guadalupe, que acompañó al P. Fisher.

NUMERO 124.

El Cerro de las Campanas.

Volvíamos de México el Ilmo. Sr. Alva y yo, después de haber asistido á la Romería de Zacatecas en la insigne Colegiata de N. Señora de Guadalupe, que tiene lugar anualmente en el día 12 de Septiembre, y nos alojábamos en nuestro antiguo Colegio de la Santísima Cruz en Querétaro, donde aquel Prelado tenía ofrecido detenerse unos días.

Era el día 21 de Septiembre de 1901, y aprovechando la coyuntura de que ese día el Ilmo. de Zacatecas estaba invitado á comer por el de Querétaro, á las diez de la mañana alquilé un viejo y destartalado *simón* y me hice conducir á buen paso al memorable Cerro de las Campanas, á donde llegué después de 45 minutos.

(1) Keratry, página 281.

Visité la Capilla conmemorativa de Maximiliano, mandada construir por el Emperador de Austria, Francisco José, algunos años después de la catástrofe que remató con la ejecución de aquel desventurado príncipe. Me pareció, penetrando en lo interior del exiguo monumento, que medirá apenas unos 15 metros de longitud por 7 de latitud y poco más de 20 de altura.

Un sencillísimo altar de madera, estilo *art nouveau*, se eleva en el fondo, y una imagen de nuestra Señora de la Piedad, esbozada en un lienzo, al óleo, constituyen el principal ornato de aquel melancólico recinto.

El techo exterior está cubierto con tejas apizarradas, y el interior con duelas de madera machiembradas; el pavimento es de cemento, y los muros de sillería color de ceniza.

En la segunda de las gradas que dan acceso al presbiterio, tres plintos de piedra indican el lugar que en el día de la ejecución ocupaba cada una de las víctimas; Maximiliano del lado de la Epístola; Mejía del lado del Evangelio y Miramón en medio de entrambos, leyéndose el nombre de cada uno de los referidos Generales en sendas lápidas de mármol blanco, respectivamente colocadas en el tablero frontal de cada plinto, y el de Maximiliano en la cifra ó monograma que él solía usar y que se componía de dos M enlazadas por una I.

La pintura del retablo representa á la Madre de Dios, sentada y teniendo en su regazo el cadáver exangüe del Salvador. Ambas figuras llaman la atención y mueven el ánimo á cristiana compasión. La imagen de Nuestra Señora representa una mujer de cierta edad, de complexión robusta; las mejillas redondas y modeladas; la mirada triste y los ojos azules. Los contornos, aunque de dibujo muy correcto, ofrecen la vaguedad del boceto, lo mismo que los paños, artísticamente esbozados sobre un fondo de claro oscuro, á media tinta.

La figura del Redentor, le representa muerto, con la cabeza inclinada hacia atrás, los brazos caídos, dobladas las piernas y todo el cuerpo ofreciendo un magnífico estudio del desnudo, con tintes más calientes y menos esbozado que Nuestra Señora.

Todo el cuadro es magnífico, haciendo efecto de lejos y de cerca, pero especialmente á la distancia del sacerdote en el acto de celebrar allí, calculada sin duda por el artista para de este

modo excitar la piedad sacerdotal en la hora precisa del santo sacrificio del altar.

Por más que busqué la firma del autor, no pude dar con ella.

Una alma cristiana no puede menos de enternecerse allí al evocar memorias de otro tiempo. Bien hizo el Emperador de Austria en consagrar á la memoria de su infortunado hermano un monumento que será frecuentado por los que saben orar, y visto con menosprecio por los debeladores del trono y del altar.

NUMERO 125.

La Comunidad de Guadalupe después de la exclaustación.

El día 6 de febrero de 1864, ocupó á Zacatecas el ejército francés, é inmediatamente el M. R. P. Palomar dió traza para trasladarse al Colegio de Guadalupe, en donde, acompañado del Donado Eduardo Mata y de un antiguo mozo de confianza llamado Teodosio Rodríguez, se instaló en una celda que aún existe actualmente en el ambulatorio que conduce al Coro de la iglesia y contigua á la que fué clase de Teología, en los altos de la actual portería.

Vistiendo desde luego el hábito de los misioneros, se enclaustró aquel Prelado sin aguardar autorización de ninguna superioridad, y muy en breve siguieron su ejemplo algunos religiosos de la extinguida comunidad, enclaustrándose y vistiendo el hábito religioso. Esta práctica no fué observada por el mayor número, á pretexto de los temores que cada uno abrigaba en su ánimo de que el estado de las cosas, creado á consecuencia de la intervención francesa, no sería perdurable. La comunidad, pues, á lo que podemos recordar hallábase repartida del modo siguiente:

En Guadalupe, dentro del claustro, el M. R. P. Comisario Gral. Fr. Diego de la C. Palomar, R. P. Fr. Guadalupe González, Fr. Jesús del R. Sánchez, Fr. Federico Scholtz, Fr. Rafael Esparza, Fr. José M. Caballero, Fr. José M. Gutiérrez, Fr. Francisco R. Gómez, Fr. Guadalupe de J. Alva, Fr. Angel D. Tiscareño, Fr. Miguel C. Romo, Fr. Joaquín D. Cabrera, Fr. Juan de D. Llaguno, Fr. Mariano de J. Martínez; laicos Fr. Ignacio